Sergio Generelo

PEQUEÑAS HISTORIAS*

Son casi las cinco y media de la tarde. Ha sido un día ajetreado pero ya tengo todo listo. Sólo debo pasar por la agencia de viajes a recoger el billete, pero eso lo haré de camino a la estación. A las siete sale el autobús, y ya de noche, a las doce treinta, el vuelo. Viaje sin retorno. Gran cambio. No llevo maletas. Tan solo una pequeña mochila con cosas básicas. No hay apenas dinero en ella, pero sí ganas. Comienza mi nueva vida. Voy a ser el único protagonista de mi mundo.

Salgo al portal. Llueve mucho. Ajusto mi abrigo y enfilo la calle procurando cubrirme bajo los balcones. Me dirijo con paso firme hacia el centro. La piba de la agencia me dijo que para las seis sin falta tendría preparado el billete. Más le vale. Realmente llueve mucho. Dos calles más abajo paso por delante del todo a cien de los chinos. Se me ocurre que allí tendrán paraguas tirados de precio, de esos de usar y tirar, para una emergencia.

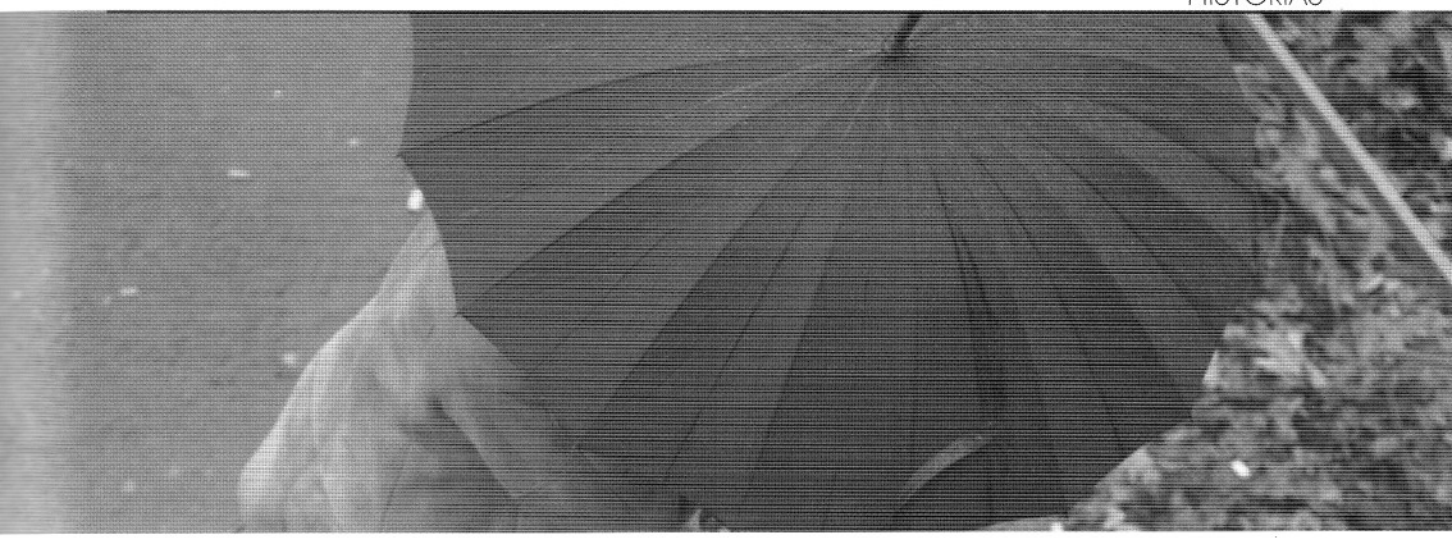
Entro en el establecimiento y pregunto directamente a la dependienta de ojos rasgados. Me dice enseguida que no tienen. Mierda. Me da la impresión de que está algo inquieta, asustada y que no quiere atenderme. La tienda esta vacía. Tras la puerta cerrada del fondo del local me parece oír un grito. La dependienta da un breve respingo y me dice adiós, casi echándome. Salgo a la calle. A mojarme de nuevo.

Dentro del local, al otro lado de la puerta cerrada, Huang Xiao, joven asiático de veintiocho años, empuja fuertemente a Chang Xien, compatriota de cuarenta y nueve, propietario del bazar todo a un euro "El Dragón Dorado" al tiempo que le propina un par de sonoras bofetadas. Éste, implorando entre lloros, le entrega un sobre recién sacado del bolsillo de su chaqueta. Apenas hay un par de cientos de euros en su interior. Fuera, en el mostrador de la tienda, la joven Pin, hija del dueño, de 21 años, despacha tan rápido como puede al hombre empapado con cara seria que le acaba de pedir un paraguas. Aprieta los labios y deja deslizar una fina lágrima por su mejilla.

Simultáneamente, en una destartalada vivienda de una mísera aldea al sur de la provincia china de Sichuan, Huang Chen, y su esposa Yi desembalan emocionados una lavadora de segunda mano que acaban de adquirir con la última remesa de dinero que les ha enviado su único hijo Xiao, trasladado al extranjero hace diez meses.

Dos años más tarde, Chen y Yi asistirán emocionados al enlace matrimonial, según el rito sintoísta, de su hijo Xiao con una joven preciosa, hija de un comerciante afincado en el extranjero, que ha regresado al país para casarse. Yi creerá ver en su nueva nuera, Pin, un cierto aire de tristeza y una breve lágrima rodando por su mejilla.

* Premiado en el IV Certamen de Relatos Interculturales de Navarra, 2009.



Andando bajo la lluvia y cada vez más empapado, llego al hipermercado que hace esquina. Tal vez aquí tengan paraguas. Una vez dentro, localizo la sección de textil, cojo uno al azar, negro, pequeño y me dirijo a las dos únicas cajas atendidas en ese momento. En la primera hay una tía regordeta con cara de torta que parece simpática. En la segunda, una mulata treintañera. En esta hay dos tipos más en la cola. Me dirijo a la primera. Le digo a la cajera que voy a usar el paraguas ya mismo y que me quite la etiqueta. Ella coge unas tijeras de un pequeño cajón y corta el cartón. Después de cobrarme, observo como en un acto reflejo guarda las pequeñas pero afiladas tijeras color naranja en el *bolsillo* trasero de su pantalón, al tiempo que con reiterada celeridad me devuelve el cambio y con una amplia sonrisa me desea buena tarde. Inmediatamente abandono la caja y me dirijo a la salida.

Ana Besterós, de veintidós años, cajera de supermercado desde hace tres meses se vuelve a su compañera y le dice "Último cliente, y ahora sí que me voy, que ya es mi hora". Merisleisis González, cubana de treinta y uno, cajera desde hace dos le espeta sin reproche "Pero, oye, tú, chica, ¿no era que tú hoy te quedabas hasta el cierre?". "Sí pero le he pedido a la Ivanka que me hiciera el turno, me voy de compras y luego a casa, a darle una sorpresa a mi churri, hoy es su cumple, cree que trabajo así que no me espera…". "Tú sí eres picarona, mamita, anda vete ya que no se te enfríe tu papito…"

En ese preciso instante, en San José de los Ramos, provincia de Matanzas, al norte de Cuba, Waldemar Ríos, pelo rizado y sonrisa morena de seis años, duerme plácidamente mientras su abuela Regina le mira amorosamente. A su vez, en Baraguá, cárcel castrista para disidentes en el centro de Cuba, Oswaldo Ríos, de treinta y tres, apenas concilia el sueño mientras piensa en su hijo Waldemar, y en su esposa, Merisleisis, emigrada a España dos años atrás.

Al dirigirme a la puerta de salida del hipermercado, me cruzo con una piba de unos veintipocos años, alta y rubia. Está buena. Muy buena. Le cedo el paso mientras me fijo en el cartel de identificación prendido en su pecho: "Ivanka". En un correcto castellano pero con acento del Este me agradece el gesto y me desea buen día. Salgo a la calle. Abro de inmediato el minúsculo paraguas que apenas me cubre y comienzo de nuevo a andar. Pienso en lo realmente buena que estaba la rusa.

Tres años antes, Slovodan Kaicesk, viudo de cincuenta y dos años, jefe de mantenimiento de una planta siderúrgica en Kiev, Ucrania, se arrepiente ante su hermano Mila de la intensa discusión que horas antes ha tenido con su hija Ivanka cuando ésta le ha confesado que estaba embarazada

de Ibrahim, un marinero turco de veintidós al que ha conocido hace apenas tres semanas. Slovodan y Mila llevan tres años sin ver a Ivanka. Seis años después, Slovodan será feliz en un parque de Kiev, jugando con sus nietos, Iván, el mayor, moreno y de ojos oscuros, con una pequeña quemadura en la cara y Manolito, el pequeño, rubio cerveza y ojos claros de azul intenso, a quienes acaba de conocer. Mientras, su yerno Manuel les hará fotografías. Ivanka, sentada y con un tercer bebé en camino, sonreirá contemplando la escena. Mila habrá muerto un año antes en un accidente laboral aún no esclarecido en la planta siderúrgica en la que trabajaba junto a su hermano.

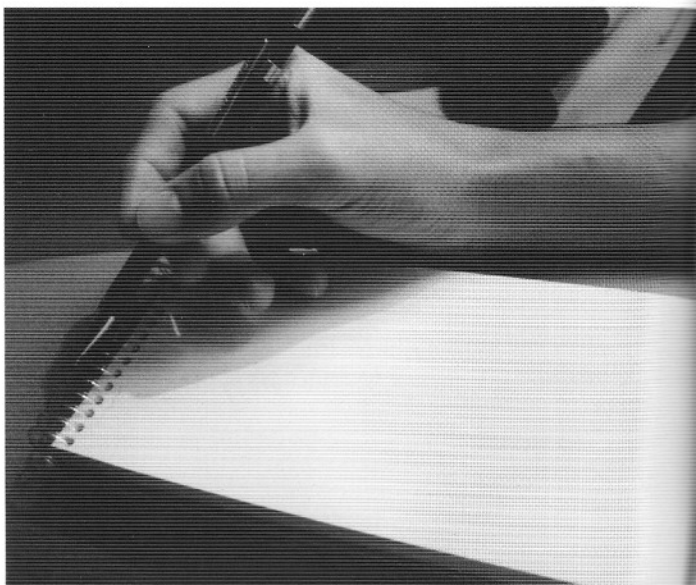
Al mismo tiempo, en el mar del Norte, a cinco grados y entre una tormenta más que respetable, Ibrahim Mossell, con el rostro cerrado y las manos rasgadas, luchará por controlar los aparejos de pesca desparramados por la cubierta del pequeño pesquero abatido por las olas en el que se enroló hace varios años. Mientras, sus siete compañeros tratarán inútilmente de mantener el barco a flote. Ibrahim apenas recordará a Ivanka. Nunca sabrá que tiene un hijo.

La lluvia sigue cayendo con ganas y ha comenzado a levantarse algo de viento. El paraguas ya no me sirve de nada. Un par de varillas se han soltado rasgando la tela y prácticamente se ha desmontado del todo. Continúo empapándome igualmente. "Al carajo" pienso para mí. Cierro el paraguas como puedo y lo tiro directamente en la papelera que veo en la farola de mi derecha. Me acuerdo de la dependienta con cara de torta del hipermercado que me ha vendido esa mierda. Y de su madre…

Ana Besterós saluda a su compañera Ivanka, dice adiós a Merisleisis y abandona excitada su lugar de trabajo. Apenas dos horas más tarde, de pie en la puerta del único dormitorio del pequeño estudio que desde hace unos meses comparte con su chico, mira perpleja como un desconocido de unos 25 años, totalmente desnudo y con cara de sorpresa trata de taparse bruscamente con las sábanas de su propia cama. Al mismo tiempo Rafael Enríquez de 26 años, también desnudo, se levanta rápidamente y se calza con nerviosismo un bóxer color Burdeos, balbuceando "Cari, déjame que te explique."

No llevo reloj pero debe ser tarde. Detengo a un tipo con una gabardina calada hasta el cuello y un maletín Montblanc negro que protege de la lluvia apretándolo contra su pecho. Le pido que me indique la hora. El tipo me dice que son casi las seis. No debo demorarme. Acelero el paso bajo la lluvia. Maldita lluvia.

Cinco horas más tarde, Arturo Esteban, de 47 años, eterno aspirante a novelista, escribe en su oficina y a toda prisa una crónica de última hora para la sección de local del diario en que trabaja. La incompleta crónica versa sobre un confuso crimen pasional del que acaba de tenerse noticia. En una esquina de la mesa, abarrotada de papeles, sobre un maletín Montblanc negro,



apoya la servilleta con el emparedado a medio comer que será su única cena esta noche.A la mañana siguiente, en la página de local del diario, bajo el titular de "Tragedia por partida doble", se cuenta cómo la Policía Local, tras una llamada anónima, ha encontrado en un domicilio del barrio de la Luz los cuerpos sin vida aún sin identificar de una muchacha de alrededor de 20 ó 22 años, desangrada en la bañera con las muñecas cortadas, y de un joven, algo mayor, fallecido por herida de arma blanca en el cuello. Según la crónica, la policía busca a una tercera persona que podría estar implicada en los hechos. Firma el artículo Arturo Esteban, redactor de local del diario. Días más tarde, Freddy de Andrés, en realidad Federico, internauta de treinta años, desplazado desde Río Tercero, Argentina, por la multinacional para la que trabaja, enganchado a You Tube, y adicto obsesivo a los donuts de chocolate, descargará en su portátil un vídeo policial, filtrado ilegalmente, de un minuto de duración, en el que se verá el cuerpo de un hombre de unos veintipico años, tumbado en una cama, con tan solo un bóxer Burdeos y unas pequeñas pero afiladas tijeras color naranja hundidas en la yugular.

Camino a toda prisa sin darme cuenta apenas de las dos ancianas que con el carrito de la compra cruzan el paso de cebra. Tropiezo con el puto carrito y lo vuelco. Las ancianas se asustan y se agarran con fuerza a los bolsos. Les pido disculpas, me excuso en la prisa y la lluvia y me agacho a recoger la compra. Un par de limones han rodado bastante lejos. Voy a buscarlos. Están sucios de tierra y barro. Las ancianas me miran con cara entre de susto y de enfado. "Que les den", pienso. Decido largarme de allí a toda prisa. Aún quedan parte de las bolsas en el asfalto.

Instantes después Gloria Fonseca, maestra jubilada de 75 años, comenta con su amiga Irene "Estos jóvenes son cada vez más groseros, ya no tienen educación". Su amiga, Irene Cuesta, ama de casa de 73, contesta "Desde luego", mientras detiene unos segundos el paso una vez cruzada la calle y se lleva la mano al pecho respirando profundamente y frunciendo levemente el ceño.

Calado hasta los huesos llego por fin a la agencia de viajes. Entro y observo las tres mesas de despacho llenas de carpetas y catálogos. Joder, no está la piba que me atendió el otro día. Sólo una de las mesas está ocupada por un tío trajeado que me dice "Siéntate, que te atiendo". No hay nadie más. Al sentarme no puedo evitar echar un vistazo a la fotografía que tiene apoyada sobre su ordenador, una pareja joven en bañador con un niño entre medio de unos cinco años con unas facciones demasiado parecidas a las suyas como para no ser él mismo a esa edad. El hombre de la foto lleva en su hombro derecho algo así como un tatuaje de un lagarto o un cocodrilo enroscado. Hago un estúpido comentario sobre la foto y el parecido. Qué idiota. Me arrepiento al instante de haber abierto la boca. El tipo trajeado me mira y me explica que es él de crío con su madre. Que el otro tipo es un novio de ella del que no volvió a saber nada. Me sorprende esa repentina muestra de confianza sin venir a cuento. Paso del comentario y le digo que me dé el billete. Lo recojo y me voy. Al salir por la puerta veo de refilón como coge su teléfono móvil y comienza a hacer una llamada.

Segundos más tarde Rafael Enríquez habla con alguien por teléfono proponiendo quedar en una hora, asegurándole que su chica trabaja en el hipermercado hasta muy tarde y que dispone del piso para él solo por un par de horas. El

interlocutor confirma la cita y se despide diciendo, "OK, nos vemos allí..., y feliz cumpleaños". José Quiñones, camarero de Antofagasta, Chile, de 25, cuelga el teléfono y sonríe. Cuatro horas más tarde no sonríe sino que llora desesperadamente mientras conduce a toda velocidad su SEAT Megane color hierba por la autopista sin saber muy bien a dónde ir. Acelera el coche y agarra con fuerza el volante recordando los gritos, la pelea y el dramático final de la intensa escena que acaba de presenciar en el estudio de su amigo.

Poco después, Antonio Serrano, guardia civil de tráfico de cuarenta y dos años, cumplimenta en el arcén de la autopista un modelo preimpreso de documento mientras ve alejarse a toda velocidad y con la sirena encendida una ambulancia del 112. En la casilla donde dice "vehículo implicado" escribe "SEAT Megane color hierba".

Dejo atrás la agencia de viajes y tomo el camino de la estación. Mientras ando deprisa un hombre desaliñado, embozado en una manta y apestando a alcohol, me pide algo de dinero. Está chorreando agua y me da algo de lástima pero voy con prisa y le digo que no tengo nada. Al irme puedo oír como me llama "cabrón" en voz baja mientras me amenaza con una botella de vino a medio beber. Decido no hacerle caso y continúo mi marcha.

Momentos después, Atilano Gálvez, indigente de 55 años, suelta su botella de vino, tropieza, cae al suelo mojado y se golpea con fuerza la cabeza. Permanece allí sin moverse un buen rato. Nadie le hace caso. Manuel Sancho, empresario de hostelería cerca de los 34, pasa de largo sin ni siquiera mirar al individuo que acaba de caerse sobre el asfalto. Está furioso porque apenas un par de horas antes su pareja acaba de cancelar por cuestiones laborales la cita para cenar en la que, sin que ella lo supiera, iba a pedirle en matrimonio. A pesar del enfado está enamorado de ella hasta las trancas. Hoy hace dos años que se conocieron. Su pareja es una muchacha del Este, cajera en un supermercado y con un hijo de poco más de dos años al que Manuel adora. Viven juntos desde hace seis meses pero hoy iba a ser el gran día.

Horas más tarde, Carlos Aguado de 43 años, médico de urgencias del centro de salud del distrito norte, examina al último paciente que acaba de ingresar, un hombre de mediana edad, sin duda indigente, aquejado de una grave intoxicación alcohólica, con posible coma etílico y un severo golpe en la cabeza. Decide ordenar inmediatamente su traslado al centro hospitalario más cercano. Le llama la atención el tatuaje en forma de salamandra enroscada que asoma en el hombro derecho.

Al mismo tiempo, su compañero de facultad y colega de profesión, Aitor Zubillaga hace lo mismo en la unidad de Urgencias del Hospital de zona en el que ejerce como residente y examina a un hombre de veintialgo que acaba de traer el 112, con un traumatismo craneoencefálico de pronóstico reservado y politraumatismo por todo el cuerpo a causa de un accidente de tráfico por velocidad excesiva en la autopista.

Esa misma noche, pasadas las cuatro de la madrugada, Carlos Aguado llorará de impotencia, conduciendo camino de su casa, sintiéndose culpable al no haber podido hacer nada como médico cuando Elena Aguado, de 41 años, su hermana, le habrá llamado poco antes por teléfono entre sollozos para contarle que su madre Irene, de 73, acaba de fallecer de repente de un infarto al corazón, el tercero que padecía en los últimos años.

Acelero el paso, y llego a la estación. Sigue lloviendo. Son las seis y media. Aún me da tiempo de tomarme algo rápido. Entro en la cafetería de al lado y pido un cortado. El camarero es un tío de unos veintipico años. Me sirve enseguida. Me cobra y me agradece la propina. Tiene acento sudamericano, quizás chileno. Mientras me tomo el cortado veo como mira insistente el reloj una y otra vez. Parece tener prisa en acabar su turno. En la mesa de enfrente un tipo regordete teclea no se qué en su portátil mientras devora en un par de bocados uno de los dos donuts de chocolate que acaba de pedirse.

A mi lado hay una señora mayor, con una sillita de niño. Habla por teléfono y por curiosidad escucho lo que dice. "Vaya hijo mío, lo siento, ¿así que Ivanka al final trabaja esta noche y ha cancelado la cita?... No, no, si por mi ya sabes que no hay problema, yo me quedo con Iván esta noche como te había dicho.... Vale, pues entonces en que deje de llover me acerco a vuestra casa y os lo llevo. Adiós. Un beso". El chiquillo es un niñito moreno, con una pequeña quemadura en la cara. Pienso en lo que habrá podido pasarle al pobre crío y me invento para mí una historia sin sentido.

Siento, más que nunca, que, después de todo, yo no soy el único protagonista de mi mundo.